

LA MARCA DE LAS PANDEMIAS EN LA HISTORIA

Una interrupción de la normalidad puede ser desconcertante, pero a la larga dejar la misma huella que una piedra lanzada al agua, o, en cambio, puede ser una marca profunda que desvíe un curso. ¿Qué ocurrirá con el covid-19? ¿Qué ha ocurrido antes con otras epidemias? ¿Generan cambios profundos o son solo paréntesis ominosos sin mayores consecuencias civilizatorias? Responden seis historiadores chilenos.

JUAN RODRIGUEZ M.

“**H**a habido en el mundo tantas pestes como guerras y, sin embargo, pestes y guerras toman a las gentes siempre desprevenidas... Cuando estalla una guerra, las gentes se dicen: ‘Esto no puede durar, es demasiado estúpido’... ‘La pólvora aparecerá. Habrá más hombres y lucharán entre ellos...’, y solo de esta manera, a fuego y sangre, evolucionará, en algún remoto futuro, una nueva civilización. ¿Y qué habrá mejorado? Así como desapareció la vieja civilización, desaparecerá la nueva”.

Lo primero lo escribe Albert Camus en “La peste”; lo segundo, Jack London en “La peste escarlata”.

Con optimismo o pesimismo, muchos se han apurado a pensar y prever el tiempo después de la pandemia de covid-19, el mundo que surgirá tras esta crisis sanitaria; el impacto que tendrá en el capitalismo, en nuestros hábitos, en la de-

mocracia, en la geopolítica. El supuesto de esas reflexiones es que una pandemia, o al menos esta, es más que un hecho disruptivo tras el cual regresa la normalidad o la vida tal cual la conocíamos antes. Los augurios son improbables; sin embargo, ¿qué nos enseña la historia universal?

Por ejemplo, según dijo a este suplemento el historiador Felipe Fernández-Armesto, “la peste negra puso fin a la gran época de innovación que había sido el siglo XIII oc-

cidental” (aunque en el siglo siguiente comenzó el Renacimiento en Europa); la plaga hizo que, en la Antigüedad, Atenas perdiera la guerra contra Esparta, y la “plaga justiniana” truncó el proyecto de reconstruir el imperio romano. Pero puede que esos casos sean notables precisamente por su excepcionalidad. Entonces, ¿qué huella deja una pandemia?



PHILIP BRYAN

Joaquín Fermandois: “Pandemia y aniquilación”

En el siglo XIX parecía que la medicina moderna, acompañada de la revolución tecnológica y de la economía, iba a realizar los sueños para que todos gozáramos de buena salud y se eliminaran las enfermedades. Dependió de que lo midáramos. En esperanza de vida, las posibilidades eran tremendamente frágiles al comenzar ese siglo, como casi siempre lo habían sido en la historia. Plagas, guerras y crisis de gobierno han arruinado a sociedades y civilizaciones; o plantaron la semilla de la erosión sin retorno. La colosal transformación material que acompañó a la modernidad hizo

olvidar a las grandes masas —pero no a seres sensibles y a los “dolores de espíritu”— la fragilidad esencial e infranqueable de la existencia humana. El progresismo, como diferente del progreso necesario, llevó a excluir el sufrimiento y los reveses como una parte quizás emblematizadora de la vida. Más todavía, para la conciencia colectiva de nuestro tiempo, es impensable la existencia de vicisitudes como parte de la gracia del ser humano. Por la noción de que en el fondo este existirá para siempre. Y nos arrojaron dos baldes de agua fría: las guerras mundiales, recordan-

do la capacidad de autodestrucción, y luego, la probabilidad de destrucción final de la humanidad por el mismo procedimiento autoinfligido, el conflicto nuclear. Ahora tenemos no una amenaza del fin de la vida, solo que se le parece. Está en la línea del sida, una peste impredecible, que enseñó que la ciencia ayuda a sortear escollos, no el arribo a puerto seguro. La pandemia del momento es un recordatorio que esta sucesión no va a finalizar nunca. A la zona central del país le alcanza, además, la espada exterminadora de la sequía predecible pero no observada.

Joaquín Fermandois, presidente de la Academia Chilena de la Historia, Profesor U.S.S., P.U.C.

“Está en la línea del sida (...), que enseñó que la ciencia ayuda a sortear escollos, no el arribo a puerto seguro”.

Paula Caffarena: “Debemos ser cautelosos cuando miramos el pasado”

Pienso que las epidemias pueden ser situaciones de crisis que ponen al descubierto las fortalezas, las falencias y también las herramientas que cada sociedad tiene para enfrentarlas. A lo largo de la historia tenemos registros de enfermedades epidémicas que han dejado huellas profundas, como la peste negra o la influenza de 1918. Sin embargo, considero que debemos ser cautelosos cuando miramos el

pasado para buscar señales de lo que será nuestro futuro. Si bien puede ser razonable pensar que esta pandemia que está afectando el desarrollo de las actividades cotidianas tanto en Chile como en el mundo, podría llegar a tener efectos posteriores de gran alcance, es algo que no podemos saber con certeza. No podemos saberlo porque los cambios en la historia siempre son multicausales y la relevancia histórica de cada epidemia depende de todo el conjunto de circunstancias que, finalmente, le otorga ese peso histórico. Pienso en situaciones bien concretas, por ejemplo, en 1835 se estableció la Junta de Beneficencia y Salud Pública, la cual, se dice, fue producto de la epidemia de escarlatina de 1832. Sin embargo, aunque ese cambio institucional pudo verse impulsado por la situación de crisis que generó la epidemia, el proceso de institucionalización de la salud era algo que venía dándose desde hace varias décadas.

Considero que en el contexto que estamos viviendo es interesante pensar en lo que esta pandemia está poniendo en relieve hoy, por ejemplo, la importancia de la dimensión pública de la salud. Independientemente de los modelos económicos que prevalezcan, esta crisis ha puesto en relieve la importancia de contar con sistemas de salud pública sólidos, fuertes, con una gran cantidad de recursos económicos y humanos, que garanticen a todos los ciudadanos el acceso a los tratamientos y cuidados necesarios. La historia de la salud pública nos muestra cómo se fue conformando ese proceso y la importancia que en momentos de crisis sanitarias adquiere el Estado en materia de salud”.

La historia de la salud pública nos muestra (...) la importancia que en momentos de crisis sanitarias adquiere el Estado en materia de salud”.

La historia de la salud pública nos muestra (...) la importancia que en momentos de crisis sanitarias adquiere el Estado en materia de salud”.

Paula Caffarena Barcena, historiadora, es directora del Centro de Investigación y Documentación de la Universidad Finis Terrae y autora de “Viruela y vacunas”.

Andrea Botto: “Las pandemias no han sido tan frecuentes”

Pienso que esta pandemia de covid-19 es, sin lugar a duda, un acontecimiento histórico, con consecuencias a corto y a largo plazo, y que será recogido por la historiografía como un momento de quiebre. Hay quienes podrían pensar que la historia de la humanidad está llena de plagas, guerras, hambrunas y otros avatares disruptivos. Sin embargo, las pandemias no han sido tan frecuentes si se miran a largo plazo. Por ejemplo, pasaron 500 años entre el primer estallido de peste bubónica (541 d.C.) y la llamada peste negra de 1347, y durante ese transcurso de tiempo hubo pocas pestes masivas. Por eso, la peste negra causó tanto impacto, no solo por lo traumático de su mortandad (sobre el 60% de la población europea), sino porque nadie la esperaba. Sin duda, la sociedad no colapsó, ni tampoco lo hará ahora. Pero el efecto concreto estuvo en el cambio de actitud de las personas en relación con su entorno. Para bien o para mal, la sociedad del siglo XIV generó una nueva relación con la muerte, lo cual se ve reflejado en la literatura y en el arte: la muerte —si bien una constante— pasó a formar parte de la vida cotidiana de las personas. Ello tuvo consecuencias profundas sobre el pensamiento. En un plano más material, pienso que uno de los cambios más perceptibles, al igual que ocurrió con la peste negra, se producirá en el ámbito del trabajo: desde las formas de trabajar hasta el marco legal que lo regula. Como historiadora, no puedo responder a la pregunta de qué ocurrirá con la actual pandemia de covid-19. Pero sí me atrevo a aventurar, a través de la perspectiva histórica, que estamos ante un evento que ocupará las páginas de la futura historiografía.

Me atrevo a aventurar (...) que estamos ante un evento que ocupará las páginas de la futura historiografía”.

Me atrevo a aventurar (...) que estamos ante un evento que ocupará las páginas de la futura historiografía”.

Me atrevo a aventurar (...) que estamos ante un evento que ocupará las páginas de la futura historiografía”.

Andrea Botto S. es docente de la Universidad Finis Terrae y autora de “Catalicón chileno: controversias y divisiones (1930-1962)”.



Fernando Wilson: “Un quiebre en los procesos mundiales”

De alguna forma, una pandemia no es solo relevante en sí misma, sino en el contexto social en el cual impacta. La peste de 420 a.C se llevó a Pericles, pero además fue tomado como símbolo de la *hybris* ateniense. La peste negra de 1386 no solamente arrasó con la población inglesa, sino que abrió el camino a profundas modificaciones en un orden social ya en tensión. En ese contexto, es imposible asumir respuestas a interrogantes así, sin tener una mirada general de la que en el presente carecemos, pero sí es posible aventurarse con algunas preguntas respecto a cómo se ordenará el sistema internacional pospandemia. El covid-19 está lejos de ser la primera epidemia de virus respiratorios que vive el mundo en las últimas décadas, pero sus circunstancias marcan un punto especial. La tasa de contagios, mortalidad relativa y brutal impacto económico marcan un quiebre en los procesos mundiales, pero, además, su impacto se da en el contexto de procesos geopolíticos, que tenían a China liderando un proceso de expansión político económico enorme, e impactarán fuertemente en las dinámicas de relaciones en lo que son las dos superpotencias contemporáneas y sus áreas de influencia. ¿Seguirá siendo viable el OBOR (la nueva ruta de la seda) y la expansión china en el océano Índico?

En aspectos más inmediatos y concretos, el covid-19 ha puesto en entredicho la reelección de Donald Trump como Presidente de los Estados Unidos, mientras que la relativa inoperancia del sistema multilateral, desde la Unión Europea a la OMS, permiten al menos un compás de espera respecto de las miradas en su favor. Pese a lo anterior, y más allá de las pesadillas o sueños de algunos, el hombre y la sociedad permanecen básicamente iguales”. En aspectos más inmediatos y concretos, el covid-19 ha puesto en entredicho la reelección de Donald Trump como Presidente de los Estados Unidos, mientras que la relativa inoperancia del sistema multilateral, desde la Unión Europea a la OMS, permiten al menos un compás de espera respecto de las miradas en su favor.

Pese a lo anterior, y más allá de las pesadillas o sueños de algunos, el hombre y la sociedad permanecen básicamente iguales”. En aspectos más inmediatos y concretos, el covid-19 ha puesto en entredicho la reelección de Donald Trump como Presidente de los Estados Unidos, mientras que la relativa inoperancia del sistema multilateral, desde la Unión Europea a la OMS, permiten al menos un compás de espera respecto de las miradas en su favor.

Fernando Wilson es profesor de la Universidad Adolfo Ibáñez y miembro de número de la Academia Chilena de Historia Natural.

Julio Retamal Favereau: “La gran peste negra en Europa”

Esta infección, bubónica y neumónica, duró en su extensión máxima desde mediados de 1348 a comienzos de 1350. Los efectos fueron múltiples, pero yo tocaré solo dos: los psicológicos y los socioeconómicos. Entre los primeros, se creó, por la presencia constante de la muerte súbita, una visión nueva y aterradoradora de la vida. La muerte pasó a ser algo cotidiano a la vez que cruel y vengativo. La vida entera se llenó de toques fúnebres y castigadores. Se completó la misa de difuntos con oraciones sobrecogedoras como el Dies Irae, las letanías llamadas “de la Buena Muerte” y el uso de ornamentos negros para su celebración. Se fundaron múltiples órdenes, cofradías y asociaciones destinadas a paliar los efectos de la muerte súbita. Proliferaron obras de teatro macabros, poesías fúnebres como las Coplas de Jorge Manrique, la oración llamada La Salve. Las pinturas, las estatuas, los dibujos cultos de la época representaron mucho la muerte. Un velo de tristeza cubrió el mundo europeo por más de un siglo. La vida académica universitaria experimentó un declive acentuado e inhibitorio. En lo económico y social el primer impacto fue demográfico. Se calcula que más de treinta millones de seres se contagiaron y de esos unos veinticinco millones murieron. Quedaron vacíos feudos, campos, mercados, villas, monasterios y cargos públicos. Hubo un cierto avance social de la burguesía para ocupar cargos de la nobleza, que quedaron vacantes. Esto fue general en Europa. Para ilustrar esto basta saber que murieron el rey de Castilla en un extremo y el gran duque de Moscú en el otro. En Avignon —donde estaba el papado— murieron casi todos los cardenales, salvándose tan solo el Papa. De ahí derivaron muchos efectos: ciudades desaparecidas, feudos vacantes, hambruna por no cultivo de las tierras, cambios en la agricultura y el comercio. El caso más notable es el de Inglaterra—según varios autores—, que pasó, por desaparición de mano de obra, de ser país agrícola a ser país ganadero, particularmente de ovejas. También se ha señalado que se desarrollaron varias ciudades comerciales y ligas de negocios nuevas. La peste tuvo, pues, un efecto pavoroso e igualitario.

Entre los primeros, se creó, por la presencia constante de la muerte súbita, una visión nueva y aterradoradora de la vida. La muerte pasó a ser algo cotidiano a la vez que cruel y vengativo. La vida entera se llenó de toques fúnebres y castigadores. Se completó la misa de difuntos con oraciones sobrecogedoras como el Dies Irae, las letanías llamadas “de la Buena Muerte” y el uso de ornamentos negros para su celebración. Se fundaron múltiples órdenes, cofradías y asociaciones destinadas a paliar los efectos de la muerte súbita. Proliferaron obras de teatro macabros, poesías fúnebres como las Coplas de Jorge Manrique, la oración llamada La Salve. Las pinturas, las estatuas, los dibujos cultos de la época representaron mucho la muerte. Un velo de tristeza cubrió el mundo europeo por más de un siglo. La vida académica universitaria experimentó un declive acentuado e inhibitorio. En lo económico y social el primer impacto fue demográfico. Se calcula que más de treinta millones de seres se contagiaron y de esos unos veinticinco millones murieron. Quedaron vacíos feudos, campos, mercados, villas, monasterios y cargos públicos. Hubo un cierto avance social de la burguesía para ocupar cargos de la nobleza, que quedaron vacantes. Esto fue general en Europa. Para ilustrar esto basta saber que murieron el rey de Castilla en un extremo y el gran duque de Moscú en el otro. En Avignon —donde estaba el papado— murieron casi todos los cardenales, salvándose tan solo el Papa. De ahí derivaron muchos efectos: ciudades desaparecidas, feudos vacantes, hambruna por no cultivo de las tierras, cambios en la agricultura y el comercio. El caso más notable es el de Inglaterra—según varios autores—, que pasó, por desaparición de mano de obra, de ser país agrícola a ser país ganadero, particularmente de ovejas. También se ha señalado que se desarrollaron varias ciudades comerciales y ligas de negocios nuevas. La peste tuvo, pues, un efecto pavoroso e igualitario.

Entre los primeros, se creó, por la presencia constante de la muerte súbita, una visión nueva y aterradoradora de la vida. La muerte pasó a ser algo cotidiano a la vez que cruel y vengativo. La vida entera se llenó de toques fúnebres y castigadores. Se completó la misa de difuntos con oraciones sobrecogedoras como el Dies Irae, las letanías llamadas “de la Buena Muerte” y el uso de ornamentos negros para su celebración. Se fundaron múltiples órdenes, cofradías y asociaciones destinadas a paliar los efectos de la muerte súbita. Proliferaron obras de teatro macabros, poesías fúnebres como las Coplas de Jorge Manrique, la oración llamada La Salve. Las pinturas, las estatuas, los dibujos cultos de la época representaron mucho la muerte. Un velo de tristeza cubrió el mundo europeo por más de un siglo. La vida académica universitaria experimentó un declive acentuado e inhibitorio. En lo económico y social el primer impacto fue demográfico. Se calcula que más de treinta millones de seres se contagiaron y de esos unos veinticinco millones murieron. Quedaron vacíos feudos, campos, mercados, villas, monasterios y cargos públicos. Hubo un cierto avance social de la burguesía para ocupar cargos de la nobleza, que quedaron vacantes. Esto fue general en Europa. Para ilustrar esto basta saber que murieron el rey de Castilla en un extremo y el gran duque de Moscú en el otro. En Avignon —donde estaba el papado— murieron casi todos los cardenales, salvándose tan solo el Papa. De ahí derivaron muchos efectos: ciudades desaparecidas, feudos vacantes, hambruna por no cultivo de las tierras, cambios en la agricultura y el comercio. El caso más notable es el de Inglaterra—según varios autores—, que pasó, por desaparición de mano de obra, de ser país agrícola a ser país ganadero, particularmente de ovejas. También se ha señalado que se desarrollaron varias ciudades comerciales y ligas de negocios nuevas. La peste tuvo, pues, un efecto pavoroso e igualitario.

Entre los primeros, se creó, por la presencia constante de la muerte súbita, una visión nueva y aterradoradora de la vida. La muerte pasó a ser algo cotidiano a la vez que cruel y vengativo. La vida entera se llenó de toques fúnebres y castigadores. Se completó la misa de difuntos con oraciones sobrecogedoras como el Dies Irae, las letanías llamadas “de la Buena Muerte” y el uso de ornamentos negros para su celebración. Se fundaron múltiples órdenes, cofradías y asociaciones destinadas a paliar los efectos de la muerte súbita. Proliferaron obras de teatro macabros, poesías fúnebres como las Coplas de Jorge Manrique, la oración llamada La Salve. Las pinturas, las estatuas, los dibujos cultos de la época representaron mucho la muerte. Un velo de tristeza cubrió el mundo europeo por más de un siglo. La vida académica universitaria experimentó un declive acentuado e inhibitorio. En lo económico y social el primer impacto fue demográfico. Se calcula que más de treinta millones de seres se contagiaron y de esos unos veinticinco millones murieron. Quedaron vacíos feudos, campos, mercados, villas, monasterios y cargos públicos. Hubo un cierto avance social de la burguesía para ocupar cargos de la nobleza, que quedaron vacantes. Esto fue general en Europa. Para ilustrar esto basta saber que murieron el rey de Castilla en un extremo y el gran duque de Moscú en el otro. En Avignon —donde estaba el papado— murieron casi todos los cardenales, salvándose tan solo el Papa. De ahí derivaron muchos efectos: ciudades desaparecidas, feudos vacantes, hambruna por no cultivo de las tierras, cambios en la agricultura y el comercio. El caso más notable es el de Inglaterra—según varios autores—, que pasó, por desaparición de mano de obra, de ser país agrícola a ser país ganadero, particularmente de ovejas. También se ha señalado que se desarrollaron varias ciudades comerciales y ligas de negocios nuevas. La peste tuvo, pues, un efecto pavoroso e igualitario.

Julio Retamal Favereau, historiador y filólogo, autor de “Y después de Occidente, ¿qué?”.

Ximena Illanes: “La historia hay que pensarla como un laboratorio”

La Muerte Negra (1347-1351) fue una de las pestes más letales, pues fallecieron entre 25 y 50 millones de personas solo en Europa, existiendo rebrotes continuamente. Algunos pensaron que era castigo de Dios; otros, que el aire estaba corrupto; unos pocos tuvieron en cuenta a los planetas. Los testimonios conservados son desgarradores: familias completas entregadas a la muerte, enterrados en fosas comunes, flagelantes recorriendo enclaves urbanos, judíos perseguidos, torturados y asesinados en ciertas regiones. La muerte comenzó a dominar la escena; ella se presentaba cercana e igualitaria con cualquiera que quisiera imaginaria. La historia hay que pensarla como un laboratorio en donde se realiza un ejercicio de reflexión profunda. Millones de mujeres y hombres de otros tiempos han vivido situaciones tan traumáticas como la Muerte Negra. Sin embargo, cuando estudiamos esos momentos, tenemos la fortuna de poder indagar qué pasó después y cómo quienes sobrevivieron fueron conscientes de sus experiencias para modificar algunas cosas. El impacto de esta peste generó transformaciones momentáneas, pero también cambios profundos en diversos ámbitos. Se modificó lo cotidiano, la ritualidad de la muerte, la gestión y administración hospitalaria, la percepción de los pobres, la legislación urbana y real y el poder político, entre otros. El covid-19 refleja cuán frágiles somos y cómo se hacen presentes con mayor dramatismo las profundas desigualdades humanas existentes en salud, educa-

La Muerte Negra (1347-1351) fue una de las pestes más letales, pues fallecieron entre 25 y 50 millones de personas solo en Europa, existiendo rebrotes continuamente. Algunos pensaron que era castigo de Dios; otros, que el aire estaba corrupto; unos pocos tuvieron en cuenta a los planetas. Los testimonios conservados son desgarradores: familias completas entregadas a la muerte, enterrados en fosas comunes, flagelantes recorriendo enclaves urbanos, judíos perseguidos, torturados y asesinados en ciertas regiones. La muerte comenzó a dominar la escena; ella se presentaba cercana e igualitaria con cualquiera que quisiera imaginaria. La historia hay que pensarla como un laboratorio en donde se realiza un ejercicio de reflexión profunda. Millones de mujeres y hombres de otros tiempos han vivido situaciones tan traumáticas como la Muerte Negra. Sin embargo, cuando estudiamos esos momentos, tenemos la fortuna de poder indagar qué pasó después y cómo quienes sobrevivieron fueron conscientes de sus experiencias para modificar algunas cosas. El impacto de esta peste generó transformaciones momentáneas, pero también cambios profundos en diversos ámbitos. Se modificó lo cotidiano, la ritualidad de la muerte, la gestión y administración hospitalaria, la percepción de los pobres, la legislación urbana y real y el poder político, entre otros. El covid-19 refleja cuán frágiles somos y cómo se hacen presentes con mayor dramatismo las profundas desigualdades humanas existentes en salud, educa-

La Muerte Negra (1347-1351) fue una de las pestes más letales, pues fallecieron entre 25 y 50 millones de personas solo en Europa, existiendo rebrotes continuamente. Algunos pensaron que era castigo de Dios; otros, que el aire estaba corrupto; unos pocos tuvieron en cuenta a los planetas. Los testimonios conservados son desgarradores: familias completas entregadas a la muerte, enterrados en fosas comunes, flagelantes recorriendo enclaves urbanos, judíos perseguidos, torturados y asesinados en ciertas regiones. La muerte comenzó a dominar la escena; ella se presentaba cercana e igualitaria con cualquiera que quisiera imaginaria. La historia hay que pensarla como un laboratorio en donde se realiza un ejercicio de reflexión profunda. Millones de mujeres y hombres de otros tiempos han vivido situaciones tan traumáticas como la Muerte Negra. Sin embargo, cuando estudiamos esos momentos, tenemos la fortuna de poder indagar qué pasó después y cómo quienes sobrevivieron fueron conscientes de sus experiencias para modificar algunas cosas. El impacto de esta peste generó transformaciones momentáneas, pero también cambios profundos en diversos ámbitos. Se modificó lo cotidiano, la ritualidad de la muerte, la gestión y administración hospitalaria, la percepción de los pobres, la legislación urbana y real y el poder político, entre otros. El covid-19 refleja cuán frágiles somos y cómo se hacen presentes con mayor dramatismo las profundas desigualdades humanas existentes en salud, educa-

El desafío, al igual que en otros ayer, está en el cómo nos reponemos creativamente de esta pandemia”.



Foto: Luzmila Illanes

Ximena Illanes, profesora del Instituto de Historia UC, es especialista en historia medieval.